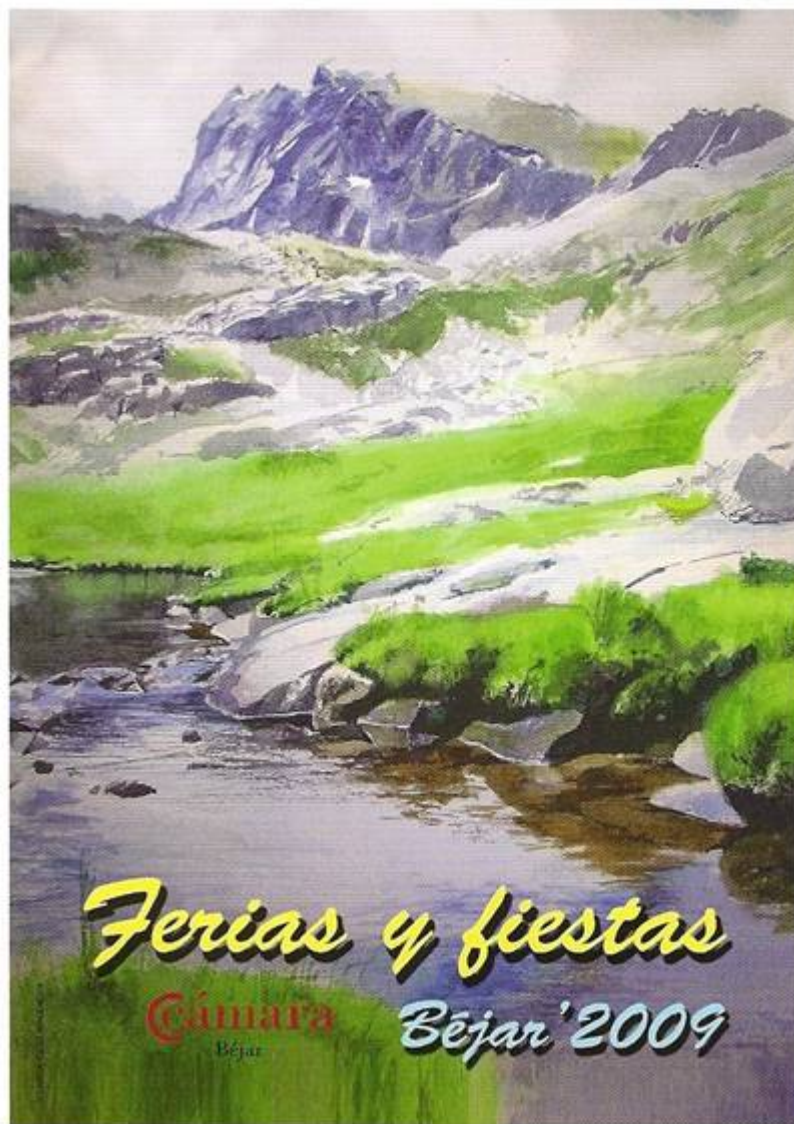


Nuestra Portada

Composición libre sobre una acuarela del pintor bejarano Óscar Rivadeneyra Prieto.

Representa los Dos Hermanitos y Hoya Cuevas.



Ferias y fiestas
Cámara Béjar
Béjar '2009

AGRADECIMIENTOS

A los articulistas que desinteresadamente han colaborado en esta publicación:

Antonio Sánchez Sánchez, José Antonio Sánchez Paso, M^a Carmen Cascón Matas, Óscar González Hoya, Roberto Domínguez Blanca, José Ignacio Díez Elcuaz, Javier Ramón Sánchez Martín, Antonio Avilés Amat, Luis Rodríguez.

Así como a Berta Hernández, Manuel Maíllo Anaya, Jerónimo Gómez-Rodulfo Barbero, Charo Olleros, Ana Vicente y Juan Antonio Frías Corsino.

EDITA:

Cámara Oficial de Comercio e Industria de Béjar

Coordinan: Óscar Rivadeneyra Prieto y Esteban Gutiérrez Izard

Diseño y Maquetación: Jorge Sánchez Sánchez

Imprime:

Artes Gráficas Bretón, S.L.
Plaza del Ahorro, nº 3 • 37700 BÉJAR
Tel. 923 40 08 17 • agbretonsl@agbreton.e.telefonica.net

ISSN 1889-6421

DEPÓSITO LEGAL: S-950-2004



Javier Ramón
Sánchez Martín

Profesor y miembro del Centro de Estudios Bejaranos

“Aquellas bejaranas que se fueron a Alemania en los años sesenta”

Un homenaje

Por las ferias de San Miguel del año 2008 el Ayuntamiento de Béjar realizó un homenaje y proclamó “Ciudadanas Ilustres” a aquellas pioneras bejaranas que partieron un día del lejano 1960 con dirección a Alemania. Las primeras que lo hicieron fueron cuarenta y tres mujeres y salieron en autobús en marzo de 1960, en dirección a Remscheid, cerca de Lennep. No era un viaje cualquiera; se trataba en algunos casos de buscar allí el trabajo que aquí no encontraban, en otros de buscar mejores salarios y en otros de seguir a sus maridos o novios que habían decidido realizar antes que ellas ese viaje que sabían de difícil retorno, al menos a corto plazo.

Todas y todos se fueron pensando que sería sólo para unos años, quizá hasta que ahorraran lo suficiente o, quizá, hasta que en su añorado Béjar mejoraran las expectativas laborales.

Pero, a pesar de que trabajaron duramente en Alemania para construir un futuro en España, en la mayoría de los casos éste nunca llegó o, al menos, no como esperaban.

La situación en Béjar en 1959-60

A finales de 1959 la situación del textil bejarano era difícil. La emblemática firma Rocamora acababa de cerrar la última de las empresas que le quedaba, de todas aquellas que había puesto en marcha a partir de su llegada a nuestra ciudad, en 1937. Por aquel entonces la Guerra Civil Española prácticamente acababa de empezar y Béjar era el único centro textil de cierta importancia que había quedado en la conocida como “zona nacional”. Aquí llegaron los hermanos Santiago y Enrique Rocamora Moratonas para poner en marcha inicialmente una hilatura de estambre, industria de la que carecía Béjar pues THESA aún no había logrado poner en marcha la suya. El cierre de esta última empresa, conocida popularmente como la Fabril de Rocamora, por su ubicación, pero comercialmente denominada “Industrial Lanera S.A.” (ILSA), dejaba en la calle a más de cien personas. Pero con esta quiebra acababa también una etapa de desarrollo industrial intensivo que empezó en 1936 y que a finales de la década de los cincuenta comenzaba a mostrar síntomas claros de agotamiento.

¿Las razones de este declive? Una de ellas pudo ser el comienzo de la expansión imparable de las fibras sintéticas, aunque los empresarios bejaranos enseguida habían reaccionado mezclándolas con lana y obteniendo productos textiles competitivos. Pero mientras se decidía por donde tirar, hubo momentos de desconcierto, de sensación de estar en tierra de nadie, que hicieron que varias empresas no supieran reorientar su negocio y tuvieran

que echar el cierre. Aunque quizá hubiera otra razón de bastante más calado que el acceso masivo al mercado de las fibras sintéticas y no es otra que España empezaba a pensar en su integración en Europa, lo que trajo consigo la apertura de fronteras a las importaciones. En efecto, el aislamiento diplomático al que había estado sometido nuestro país durante casi veinte años comenzaba a remitir y, con ello, la mentalidad de muchos empresarios bejaranos tuvo que cambiar rápidamente. Y es que ya no se trataba de competir con el fabricante de al lado o con el empresario catalán de turno para desarrollar novedades que gustaran más en el mercado nacional, o de luchar por la consecución de una contrata de la Guardia Civil o del Ejército; se trataba ni más ni menos que de luchar contra la competencia alemana, belga, francesa, inglesa... que, poco a poco, iba entrando en el mercado español. Había que cambiar rápidamente los esquemas mentales de un empresariado que, en vez de pensar en clave local o nacional, tenía que empezar a hacerlo en clave internacional, lo cual no era nada fácil para algunos y eso hizo que el mercado se los llevara por delante.

Y entonces comenzó a hablarse de crisis y a sufrirla la sociedad obrera en general y la nuestra en particular y, como en otras épocas de nuestra historia, comienza a barajarse la emigración en muchos hogares como una posible salida a la situación. Al respecto decía *Béjar en Madrid* en enero de 1959: «la crisis industrial que actualmente se padece en Béjar va tomando tal gravedad, que son muchos los obreros textiles de ambos sexos que han marchado a trabajar a otras ciudades de España y del extranjero y no son pocos los que se proponen emigrar».

A pesar de que la dimensión de la industria textil bejarana era aún notable a principios de los años sesenta, se trataba de una industria de monocultivo en la ciudad y no era capaz de absorber toda la mano de obra que se iba quedando en paro o que deseaba acceder al mundo del trabajo.

Solución al paro: la emigración. Las pioneras bejaranas.

En España, y por tanto también en Béjar, vuelve a hacer su aparición la emigración. Así, entre 1960 y 1975, siete millones de españoles abandonaron sus lugares de origen para tratar de encontrar un trabajo en las zonas más ricas de España (Madrid, Cataluña, País Vasco,...), aunque hubo entre dos y tres millones que lo hicieron al extranjero, la mayoría a otros países europeos, como Alemania, Francia, Suiza,...

Las divisas que aportaron fueron el maná que alimentó la economía española durante años. Sin estos dineros, duramente

ganados, difícilmente podría haber logrado España el grado de desarrollo económico conseguido en los años sesenta.

Muchos de esos españoles fueron a Alemania, donde el colectivo de nuestro país llegó a ser el segundo, después de los italianos. ¿Quiénes fueron los artífices que hicieron posible esta emigración organizada? Los personajes claves son Miguel de Lis, delegado de Trabajo y Emigración, Enrique Sorribes, agregado laboral de la embajada de España en Bonn y, en el caso concreto de Béjar, el jefe de personal de la histórica Wülfing, Horst Kubiak, que había coincidido en los campos rusos de prisioneros con soldados de la División Azul española.

En casi todos los casos se fueron legalmente, con un contrato de trabajo firmado en la mano, sabiendo incluso que allí iban a desarrollar tareas que ya conocían de sobra, en un guill, selfactina, bobinadora o continua de hilar. En fin, nada diferente a lo que habían hecho hasta ahora. Pero en Alemania les esperaba una sociedad bastante distinta a la que ellas conocían, con un idioma y unas costumbres muy diferentes a las que había en la España de la época.

Las primeras bejaranas salieron de la puerta del Bar Pepe, después (y hasta hace bien poco) Bar Sol, a las cuatro de la mañana del día 19 de marzo de 1960. En Salamanca recogieron a unas cuantas más hasta sumar un total de 43. Imagínenselas a una hora tan temprana, con las brumas del sueño aún rondando sus ojos -si es que durmieron algo esa noche-, acompañadas de sus familiares y algunas de sus novios o maridos (de las 43, tres eran casadas). Supongo que a la mayoría de ellas la situación les parecería irreal, hasta me atrevería a decir que un poco absurda, y que estarían tratando de dilucidar si habían tomado la decisión correcta. Seguro de que, cuando montaron en el autobús, a alguna de ellas les daría ganas de bajarse y terminar con la aventura antes de comenzarla. No obstante, Kubiak, verdadero artífice de este lance, viajaba con ellas, animándolas y ocupándose de los detalles del viaje.



Foto 1.- Esta es la conocida foto que se hicieron las primeras expedicionarias al llegar a Remscheid, acompañadas de Horst Kubiak.



Foto 2.- En la foto están, entre otras, Paquita, Marta, Berta, Pilar y Carmen delante de la conocida como Residencia de españolas en la Wülfing.

Pernoctaron en Burdeos y, después de dos días de viaje y de 2.000 kilómetros por carreteras españolas, francesas y alemanas, llegaron a la Wülfing, en Remscheid. En la mañana del 21 fueron llevadas al comedor de la empresa y allí fueron entrevistadas por funcionarios de diversos organismos, asistidas por un intérprete, pasaron un reconocimiento médico, y al día siguiente, el 22, comenzaron a trabajar. La acogida por parte de los alemanes fue muy buena.

Estas primeras bejaranas se alojaron en la residencia de las austríacas, llamada así porque la mayoría de sus residentes eran de esta nacionalidad, pero enseguida la fábrica acondicionó unos antiguos almacenes que fueron habilitados como residencia para españolas y que ellas bautizaron como "Residencia del Castañar".

Unos meses después salieron de Béjar otras 60 mujeres para trabajar en la misma fábrica y ya fueron alojadas en la residencia que la gente llamaba "de las españolas". En un Béjar en Madrid de la época se describen las "comodidades" con que contaban: cocinas modernas con hornos eléctricos, grandes neveras, baterías de cocina de aluminio y vajilla de porcelana, receptores de radio y de televisión de último modelo, y también agua caliente y fría. Añade que la residencia les costaba cuatro marcos a la semana (incluidos gas, electricidad, calefacción y agua caliente y fría) y la comida del mediodía en la cantina otros cuatro marcos semanales (por los cinco días laborables). Descontados estos gastos imprescindibles, en 1960 cada obrera venía a cobrar unos 52 marcos semanales cuando trabajaba en el turno de la mañana y 59 en el de tarde, deducidos ya los impuestos. Aunque esto era al comienzo, luego ganaron más. El turno de noche quedaba reservado para los hombres.



Foto 3.- Empaquetando ropa interior y otros artículos en la fábrica TAKE, en Wülpertal-Barwnien.

En el mismo ejemplar se puede leer también que en la cena y el desayuno podían gastarse alrededor de 16 marcos semanales. Cada habitación acogía de 6 a 8 personas en literas de a dos.

Después, cuando se llenó la residencia española, algunas expedicionarias de 1961 fueron alojadas en la residencia de austríacas, como al principio. Según Lorenzo Bejarano, que vivió en primera persona esta emigración y que bajo el seudónimo de "Un bejarano" escribió algunos artículos sobre el tema, esta última residencia era la mejor y tenía capacidad para 200 personas, todas ellas mujeres, la mayoría austríacas y el resto españolas. Luego había la residencia de Hildegardstr, que acogía a 50 hombres en su piso inferior y a 160 mujeres en el superior, la de Dahlerau a 85 mujeres y 18 hombres y la de Dahlhausen a 45 mujeres.

Lorenzo detalla también que, en 1962, su salario neto era de 677 marcos, que equivalía a algo más de 10.000 Ptas. al cambio de la época (unas 15 Ptas. por marco), mientras que el sueldo por ejercer la misma profesión en Béjar andaba por unas 3.000 Ptas. por mes.

En la foto 2 pueden verse a varias de las bejaranas en un día de asueto, posando delante de las casas que la Residencia de españolas. La foto 3 está tomada en una de las secciones de la fábrica Take, en Wülpertal. En la foto 4, un nutrido grupo de bejaranas y bejaranos están celebrando la Nochebuena de 1961 en el comedor de la residencia de austríacas. En esta última foto pueden verse, entre otros, a Paquita, Juan, Chicharro, Loli Hernández, Mari Gallego, José Bejarano, Berta Hernández,...



Foto 4.- Celebrando la cena de Nochebuena en 1961, en el comedor de la Residencia de austríacas.



Foto 5.- Foto actual de una parte de los edificios de la Wülfing.

La mítica empresa Johann Wülfing & Sohn

La empresa a la que se incorporaron estas bejaranas entre 1960 y 1962 era la "Johann Wülfing & Sohn" y disponía por entonces de tres factorías en un radio de unos 7 km. Una estaba en Dahlhausen y otra en Dahlerau, en la cuenca del río Wüper, afluente del Rin, en una zona cuya orografía recuerda en cierto modo a la del lugar conocido como Navazo. La tercera estaba en la ciudad de Lennepe. Entre todas disponían de hilatura de estambre, de carda y de tejeduría, además de tintes y de acabados. Es decir, era lo que se conoce como una empresa vertical.

Pero la Wülfing no era una empresa cualquiera, sino que se trataba de una de las sociedades textiles más antiguas del mundo. Había sido fundada en 1674 por Gottfried Wülfing (1651-1721) originariamente en la ciudad de Lennepe. En 1774 adoptó el nombre de Johann Wülfing & Son, que correspondía al de su propietario y a la vez director, así como a su hijo.

Aunque inicialmente la empresa fue la clásica spinnerei (hilatura) y estaba ubicada en Remscheid-Lennepe, en 1816 instaló una nueva hilatura-tejeduría en la cuenca del río Wupper -en lo que luego fue Dahlerau-, con objeto de aprovechar la energía del agua de este río, afluente del Rin.

De esta forma, la compañía se convirtió a principios del siglo XIX en una de las mayores fábricas textiles de Alemania y formaba una especie de mundo aparte, un pueblo con todos sus servicios, organizado alrededor de la factoría.

Sin embargo, en 1836, sólo unos años después de ser construida, se declaró un gran incendio que destruyó la fábrica de la cuenca del Wüper. Pero enseguida fue reconstruida siguiendo las directrices del arquitecto Christian Schmidt, dando lugar al



Foto 6.- Máquina de vapor que movía la fábrica.

edificio que se conserva actualmente. El resto de los edificios del complejo fueron construidos a partir de esa época. A mediados del siglo XIX la empresa tenía 450 empleados y, poco a poco, con las necesidades de vivienda de los numerosos empleados de la fábrica fue formándose la ciudad de Dahlerau, que en 1890 vio la conexión con el ferrocarril.

La empresa siguió creciendo, hasta el punto de que en 1900 la Wülfing constituía ya una ciudad textil independiente con su propia estación de ferrocarril, oficina de correos, baños comunales con duchas y bañeras, tiendas, guarderías, servicios médicos y, por supuesto, las viviendas familiares de los empleados, la villa de los fabricantes y una iglesia. Es decir, algo parecido a las colonias textiles catalanas. La producción anual era entonces de unas 300.000 piezas, de alrededor de 30 metros de tela cada una, lo que da idea de la envergadura de la empresa.

Precisamente de 1901 es la máquina de vapor que movía la fábrica (foto 6) y que se conserva en el museo que ocupa actualmente parte de lo que fue la Wülfing. Esta máquina posee un gran volante de inercia de más de 4 metros de diámetro y es prima hermana de la que hay en el Museo de la Ciencia y la Técnica de Cataluña, en Tarrasa. Ella fue la fuente de energía que, a través de un sistema de transmisión que utilizaba elementos mecánicos y correas planas de cuero (foto 7), movía las distintas máquinas de la fábrica.

Transmissionsprinzip

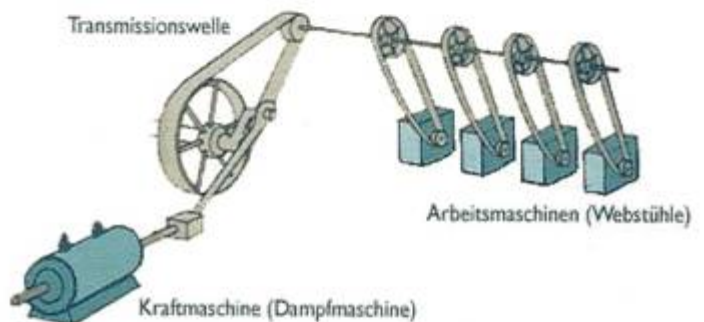


Foto 7.- Esquema del principio de transmisión del movimiento de la máquina de vapor a las máquinas de la fábrica.

En los años veinte del siglo pasado, la empresa disponía de 120 telares mecánicos y fue cuando introdujo el conocido como "Wülfing Tuch" o toque de la Wülfing, basado en el tacto obtenido para sus tejidos acabados. El éxito continuó durante varias décadas, incluso después de la Segunda Guerra Mundial, fabricándose por entonces hasta 3,6 millones de metros de tela cada año.

En los años en que las bejaranas llegaron allí la empresa vivía todavía momentos dorados, pero hacia 1965 comenzarían los problemas de sobreproducción y de gran competencia entre las industrias que componían el sector textil europeo, agravados por la crisis del petróleo de 1973, que hizo que, entre 1965 y 1980, la empresa disminuyera sus empleados de 1.000 a 360.

Al igual que sucedió en Béjar, la crisis se acentuaría en la década de los ochenta, entrando la Wülfing en situación de quiebra técnica hacia 1993. No obstante, la empresa tenía suficientes pedidos, pero los costes de producción eran caros por lo que, aunque pudo seguir en marcha algún tiempo más, en 1996 cerraría sus puertas definitivamente. La maquinaria fue desmantelada y vendida a fábricas asiáticas.

La etapa posterior al cierre de la Wülfing

Desde 1997, a poco de producirse el cierre de la empresa, una Asociación compuesta por antiguos empleados de ésta se puso a trabajar para construir el Museo Wülfing. Uno de sus objetivos fue conservar el edificio principal, de piedra y ladrillo, las chimeneas, el puente de acero, el laboratorio, el gran archivo de muestras de tejidos, algunas de las máquinas textiles y, por supuesto, la magnífica

máquina de vapor que fue durante años el corazón energético de la fábrica. Este generador de vapor funcionó desde principios del siglo XX hasta 1946 y se conserva todavía en la ubicación original. Existe también una turbina Francis de 1922 que, modernizada, sigue en funcionamiento. Por ello, con el tiempo se pretende también musealizar la historia de la producción de energía en la fábrica durante el largo período de su funcionamiento.

Estas acciones postreras demuestran que la Wülfig no fue para los habitantes de la zona una fábrica más de las que comienzan su andadura, funcionan durante algunos años y finalizan su ciclo vital sin pena ni gloria. Al contrario, la empresa fue todo un símbolo de progreso industrial para los ciudadanos de Remscheid-Lennep-Dahlerau y, por supuesto, también para los españoles, austríacos, italianos y de otras nacionalidades que encontraron su destino laboral en la Wülfig y que convivieron en absoluta armonía con los naturales de la zona durante muchos años.

El Museo lo llevan antiguos empleados de la empresa.

Además, la vetusta fábrica se encuentra en un lugar privilegiado, en el entorno del río y rodeada de verdes laderas arboladas, como si fuera una pequeña isla industrial centrada en la antigua fábrica-villa, todo ello constituyendo un conjunto bien conservado. Hoy día, parte de los antiguos edificios se encuentran ocupados por empresas vivas dedicadas a actividades que no tienen que ver con el textil.

Pues bien, a este lugar llegábamos en coche un frío día de enero de 2009. Nos costó un gran esfuerzo localizar la fábrica, pues no está fácil de encontrar y, salvo una señora que nos dio indicaciones en un inglés rudimentario, los demás nos atendían muy amablemente, pero en alemán, con lo que, aunque sabíamos que estábamos muy cerca, no había forma de terminarla de encontrarla.

Al final dimos con ella. Una vez traspasado el peculiar puente de hierro sobre el Wüper nos encontramos con una serie de edificios industriales de buena planta. Al llegar a este lugar no pude por menos de pensar en cómo verían estos edificios nuestras paisanas cuando llegaron aquí a principios de la década de los sesenta, hace casi cincuenta años, posiblemente en un día tan frío como el que hacía cuando fui yo. Las edificaciones se conservan más o menos igual, pero la gran fábrica textil que ellas conocieron ya no existe como tal.

Por fin llegamos a la puerta que tiene a un lado la placa que indica el Museo. Nos atiende un señor mayor, muy amable, que hablaba sólo cuatro palabras de inglés y, por supuesto, nada de español. Pero éramos su única visita y nos atendió muy bien. Lo que nos enseñó fue más bien poco, pero es que tampoco hay mucho que enseñar por el momento. La gran máquina de vapor con su inmenso volante de inercia (del orden de cuatro metros de diámetro), una continua de hilar, un telar Jacquard y otro convencional bastante antiguos (principios del siglo XX) y que funcionaban. Y el laboratorio, que seguía más o menos que cuando cerraron la fábrica y que, cuando accedías a él, te daba la sensación



de que los operarios iban a volver en cualquier momento. También vimos que estaban haciendo obras para adaptar alguna sala a la nueva función museística, pero que estaban totalmente vacías.

A modo de final (por ahora)

Entre el 19 de marzo de 1960 y el 15 de diciembre de 1962 llegaron a trabajar a la Wülfig un total de 672 españoles, la mayoría mujeres, aparte de austríacos, italianos, polacos y, por supuesto, alemanes. Sin duda una forma de construir una Europa común con personas de diferentes nacionalidades pero unidas en torno a un denominador común: su trabajo en una gran factoría textil.

Según Kubiak, cuyo papel fue sin duda mucho más allá de su cargo de jefe de personal de la Wülfig, la mayoría de estas chicas no vivían el presente, sino que trabajaban duramente para construir un futuro en España que en la mayoría de los casos nunca llegó o, al menos, no como ellas esperaban.

Ellas contribuyeron, puede que sin darse cuenta, a la reconstrucción alemana, que todavía estaba recuperándose de los estragos de la 2ª Guerra Mundial, finalizada sólo quince años antes. Pero sobre todo, y de eso sí fueron conscientes, a que España dispusiera de divisas suficientes para equipar una industria incipiente que en pocos años se convirtió en floreciente.

Cuando se fueron, predominaba en ellas un sentimiento de provisionalidad, de estar un par de años, trabajar muy duro, ahorrar el máximo y luego volver a España. Pero la vorágine de la vida, que nunca sabes a donde te lleva, hizo que la casuística fuera tan grande como el número de mujeres que llegaron a Alemania. En efecto, unas -las menos- regresaron al poco tiempo, otras estuvieron diez o doce años, otras agotaron allí su vida laboral y regresaron, o no regresaron ya porque su vida la tenían hecha allí. Unas se casaron con españoles o con italianos, emigrantes como ellas. Y otras con alemanes.

Las que regresaron después de muchos años, encontraron que el sol, el ruido y el desorden innato de los españoles ya no les atraían tanto como cuando lo añoraban desde Alemania. Echaban también de menos el orden, el silencio e incluso la melancolía de los alemanes. La España y el Béjar que habían conocido, el que dejaron atrás hace tantos años, ya no existían y ellas... se sentían un poco desubicadas. Con una sensación de no ser ni de aquí ni de allí. En Alemania eran las "alemanas" y así lo sentían en su corazón, pero en España eran las "alemanas" y eso les hacía sentirse en cierto modo extranjeras en su propio país. Y esa sensación de no ser de ninguna parte les persiguió durante años.

Al final el río de la vida, unas veces amable y otras cruel, pero siempre caprichoso, marcó el camino de cada una de ellas. Pero hicieron historia y posiblemente fueron pioneras en el establecimiento de una conciencia europea. Por todo ello, el reconocimiento de la ciudad de Béjar hacia estas valientes mujeres es de estricta justicia.

Agradecimientos

A Antonio Sánchez, que me dejó la foto 1.

A Berta Hernández, que me dejó las fotografías 2, 3, y 4 que ilustran este artículo.

Bibliografía utilizada

Semanario *Béjar en Madrid*: ejemplares de 14/01/1959 (pág. 7), de 21/05/1960 (pág. 9), de 13/05/1961 (págs. 8 y 9), de 08/07/1961 (pág. 11), de 21/10/1961 (pág. 7), de 20/01/1962, págs. 8, 9 y 10), de 03/04/1982 (pág. 11), de 17/04/1982 (pág. 6), de 01/05/1982 (pág. 8), de 15/04/2005 (pág. 4), de 03/02/2006 (pág. 2).

Diario *ABC* de 27/03/2005 (págs. 48 y 49).

Diario *La Gaceta* de 16/11/2008 (págs. 1, 2, 4, 5 y 6 del